

tillo se deslizó y la puerta giró entre sus goznes sin producir chirrido ni otro ruido alguno. La operación se hizo muy lentamente.

Era evidente que la reja y los goznes, untados con aceite, se abrían más á menudo de lo que podía suponerse. Era ésta una suavidad siniestra, en la que se adivinaban idas y venidas furtivas, entradas y salidas silenciosas de hombres nocturnos, y los pasos del lobo del crimen.

La alcantarilla estaba indudablemente en relaciones de complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella reja taciturna era una encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura, y se sumergió otra vez en la obscuridad, sin hacer más ruido que un sopro.

Parecía andar con las patas aterciopeladas del tigre.

Poco después, aquella providencia de tan mala traza, había desaparecido en lo invisible.

Juan Valjean se encontraba fuera.

IX

Mario produce el efecto de un cadáver á alguien que lo entiende.

Dejó deslizar á Mario por el ribazo.

¡Estaba fuera!

Los miasmas, la obscuridad y el horror quedaban detrás de ellos; inundábalos á la sazón el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría y respirable. Rodeábales el silencio; pero era el apacible silencio del sol oculto bajo el azulado horizonte. El crepúsculo iba desapareciendo, porque venía á toda prisa la noche libertadora y amiga de cuantos necesitan de un manto de sombra para salir de sus angustias.

El cielo se ofrecía por todas partes como un consuelo inmenso.

El río llegaba hasta los pies de Juan Valjean como el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Eliseos. Algunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del zenit, y visibles sólo á la meditación, formaban aquí y allá en la inmensidad breves é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada que no dice nunca ni sí ni no. Había ya bastante obscuridad para poder eclipsarse á cierta distancia, y bastante luz aún para conocer de cerca.

Por espacio de algunos segundos se sintió Juan Valjean vencido irresistiblemente por aquel conjunto de serenidad augusta y halagüeña. Existen indudablemente minutos de olvido en que el sufrimiento cesa de oprimir al miserable; en que todo se abisma en la idea; en que la paz, cual si fuese la noche, envuelve al pensador, y bajo el crepúsculo que irradia, y á imitación del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Juan Valjean no pudo dejar de contemplar la sombra inmensa y vaga, que

por cima de él, se extendía; y pensativo, tomaba entre el magestuoso silencio del eterno cielo un tinte de éxtasis y de oración. Después vivamente, como si el sentimiento del deber le asaltase, se inclinó hacia Mario, y cogiendo agua en el hueco de la mano le roció suavemente el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron; sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir de nuevo la mano en el río, cuando de impro-



viso sintió esa especie de embarazo que se siente al tener detrás de nosotros alguien á quien no vemos.

En otra parte hemos indicado ya esa impresión conocida por todo el mundo. Se volvió.

Como hacía poco, había también, en efecto, alguien detrás de él.

Era un hombre de elevada estatura, y como envuelto en un levitón largo, y cruzado de brazos, llevando en la mano derecha un rompecabezas del que se veía

el puño de plomo. Estaba de pie, á poca distancia del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Con el auxilio de las sombras venía á ser una especie de aparición. Un hombre sencillo se hubiera asustado á causa del crepúsculo, y un hombre reflexivo á causa de su rompecabezas.

Juan Valjean reconoció á Javert.

El lector habrá adivinado sin duda que el perseguidor de Thénardier no era otro que Javert.

Javert, después de su inesperada salida de la barricada, se dirigió á la prefectura de policía, dió cuenta de todo verbalmente al prefecto en persona, y continuó luego su servicio, que implicaba, según aquella nota que le cogieron, cierta inspección del ribazo de la orilla derecha en los Campos Elíseos, la cual hacía tiempo llamaba la atención de la policía.

Allí había aparecido Thénardier y le había seguido. Ya se sabe lo demás.

Compréndese también que aquella reja tan obsequiosamente abierta á Juan Valjean, era una habilidad de Thénardier. Thénardier sentía siempre allí á Javert; el hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Era preciso arrojar algo que roer á aquel sabueso.

Un asesino, ¡qué buen hallazgo! No convenía desperdiciar tanta fortuna.

Thénardier, haciendo salir en su lugar á Juan Valjean, proporcionaba una presa á la policía, que así desistiría de perseguirle, y le olvidaría ante un asunto de mayor urgencia; recompensaba á Javert de su espera, lo cual lisonjea siempre á un espía; ganaba treinta francos, y se prometía entre tanto un fácil escape para él, mediante aquella diversión.

Juan Valjean había pasado de un escollo á otro.

Aquellos dos encuentros seguidos, cayendo de Thénardier á Javert, eran en verdad duros.

Javert no conoció á Juan Valjean, quien como hemos dicho no se parecía á sí mismo.

Sin separar los brazos aseguró mejor el rompecabezas en su puño con movimiento imperceptible, y dijo con acento seco y tranquilo:

—¿Quién sois?

—Yo.

—¿Quién es. . . yo?

—Juan Valjean.

Javert se puso el rompecabezas entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, apretó sobre los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que se encajaron allí como dos tornillos, examinólo, y le reconoció.

Casi se tocaban sus rostros.

La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permanecía inerte bajo la presión de Javert, como un león que tolera las garras de un lince.

—Inspector Javert—le dijo,—os pertenezco. Además desde esta mañana me juzgo vuestro prisionero. No os he dado las señas de mi casa para tratar luego de evadirme. Apoderaos de mi persona. Solo os pido una cosa.

Javert parecía no oír; tenía clavadas sus pupilas en Juan Valjean.

Su barba fruncida empujaba los labios hacia la nariz, prueba de meditación feroz. Por último, soltó á Juan Valjean, irguióse de repente, cogió de nuevo su rompecabezas, y como en sueños, murmuró más bien que pronunció esta pregunta:

—¿Qué hacéis ahí? ¿Quién es ese hombre?

Continuaba sin tutear á Juan Valjean.

Juan Valjean contestó, y el sonido de su voz pareció despertar á Javert.

—De él quería precisamente hablaros. Disponed de mí como os plazca; pero antes ayudadme á llevarle á su casa. No os pido otra cosa.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedía siempre que alguien parecía crearle capaz de alguna concesión. Sin embargo, no dijo que no.

Inclinóse de nuevo, sacó del bolsillo un pañuelo, que humedeció en el agua, y limpió le frente ensangrentada de Mario.

—Este hombre estaba en la barricada—dijo á media voz y como hablando consigo mismo.—Es el que designaban con el nombre de Mario.

Conocióse en esto al espía por excelencia, que lo había observado, oído, entendido y recogido todo, creyendo morir; que espiaba hasta en la agonía, y que, con el pie en la primera grada del sepulcro, había tomado notas.

Cogió la mano de Mario y buscó el pulso.

—Es un herido—dijo Juan Valjean.

—Es un muerto—contestó Javert.

Juan Valjean respondió:

—Todavía no.

—¿Le habéis traído entonces aquí desde la barricada? observó Javert.

Necesitábase que su preocupación fuese mucha para no insistir en aquella salvación sospechosa á través de la cloaca, ni advertir el silencio de Juan Valjean después de su pregunta.

Juan Valjean, por su parte, parecía no tener más que un solo pensamiento, y prosiguió:

—Vive en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, en casa de su abuelo. . . No recuerdo el nombre.

Juan Valjean registró en la levita de Mario, sacó la cartera, la abrió en la página donde Mario había escrito con lápiz, y se la mostró á Javert.

Había aún en el espacio bastante claridad flotante para que se pudiera leer; además de que los ojos de Javert poseían la fosforescencia felina de las aves nocturnas.

Y descifrando las pocas líneas escritas por Mario, dijo entre dientes: "Guille-normand, calle de las Hijas del Calvario, número 6."

Y luego gritó: Cochero.

Recuérdese el carruaje de plaza que estaba esperando por si acaso.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento después, el carruaje, bajando por la rampa del abrevadero, estaba en el ribazo.

Mario fué colocado en el asiento interior, y Javert y Juan Valjean ocuparon el delantero.

Cerrada ya la portezuela, alejóse el coche rápidamente, subiendo por los muelles en dirección á la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, silueta negra desde el pescante, arreaba á sus escualidos caballos. Silencio glacial dentro del carruaje. Mario, inmóvil, con el torso del cuerpo apoyado en uno de los ángulos, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando y las piernas tiesas, parecía no aguardar otra cosa que el ataúd.

Hubiérase dicho que Juan Valjean estaba hecho de sombra y Javert de piedra; en aquel tenebroso carruaje, cuya parte interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñía de cierta luz pálida como un relámpago intermitente, la casualidad había reunido, y como colocado frente á frente y como confrontándolas, las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estatua.

X

La vuelta del hijo pródigo de su vida.

A cada vaivén del carruaje una gota de sangre caía de entre los cabellos de Mario.

Era ya cerrada la noche cuando llegaron al número 6 de las Hijas del Calvario.

Javert fué el primero que bajó, y después de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabón de hierro de la puerta cochera, que figuraba, según la antigua moda, un macho cabrío y un sátiro frente á frente y dió un gran golpe.

Entreabrióse apenas la puerta, y Javert la empujó.

El portero apareció á medias, bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormían en la casa.

En el Marais se acuestan las gentes muy temprano, sobre todo los días de motín. Este bueno y antiguo barrio, amilanado por la revolución, se refugia en el sueño, así como los niños, cuando oyen que viene el coco, se cubren la cabeza con el cobertor de la cama.

Entretanto Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndolo el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Al verificar esta operación, Juan Valjean introdujo la mano bajo los destrozados vestidos de Mario, tentó el pecho y se convenció de que el corazón latía aún, y hasta que latía menos débilmente, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovación de vida.

Javert interpeló al portero con ese tono natural del que manda ante el portero de un faccioso.

—¿Vive aquí alguien que se llama Guillenormand?

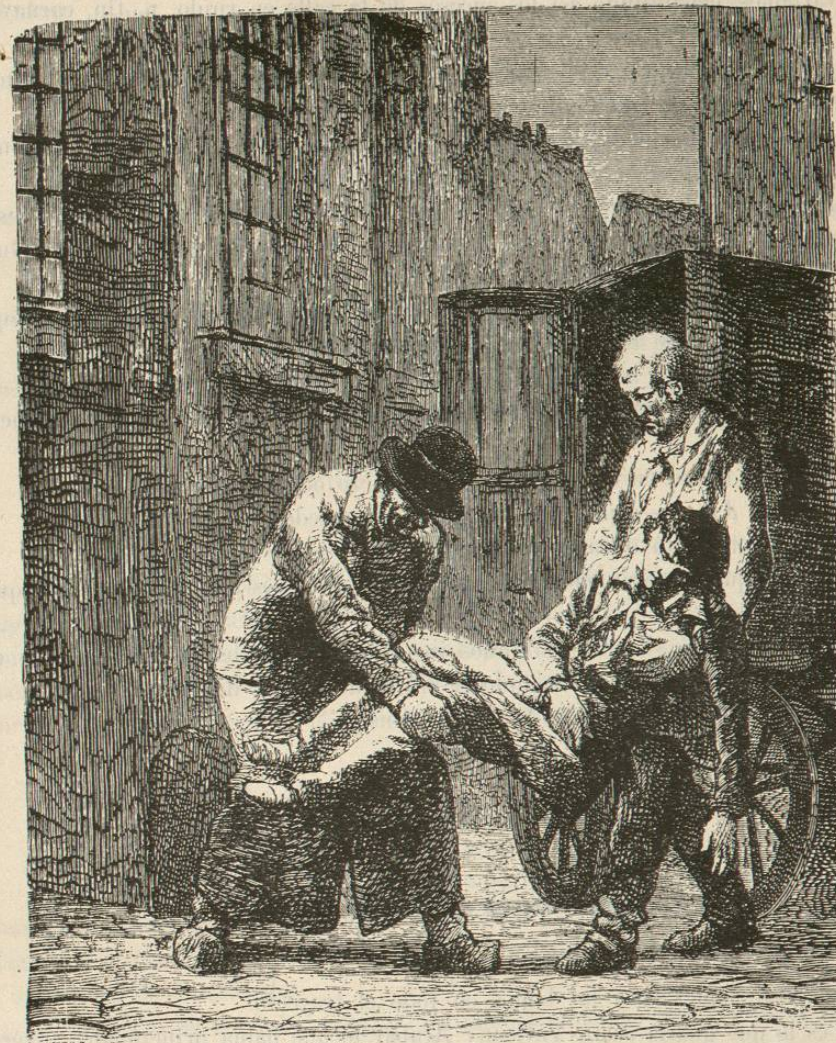
—Aquí vive. ¿Qué se os ofrece?

—Le traemos su nieto.

—¿Su nieto!—exclamó atónito el portero.

—Muerto.

Juan Valjean, que venía detrás de Javert, harapiento y sucio, y á quien el



portero miraba con cierto horror, le indicó que no, con la cabeza.

El portero no pareció comprender las palabras de Javert, ni la seña de Juan Valjean.

Javert continuó:

—Fué á la barricada, y ahí le tenéis.

—¿A la barricada!—exclamó el portero.

—Se ha hecho matar. Id á buscar á su abuelo.

El portero no se movía.

—¿Vais ó no!—repuso Javert.

Y añadió:

—Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert los incidentes naturales del servicio público estaban clasificados por categorías, lo cual es el comienzo de la previsión y de la vigilancia; y cada eventualidad tenía su compartimiento; los hechos posibles llegado el caso, en can-



BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

tidades variables, clasificando así los sucesos de la calle en ruido, motín, carnaval, entierro.

El portero se limitó á despertar á Vasco; Vasco despertó á Nicolásita; Nicolásita despertó á la señorita Guillenormand, la tía de Mario.

En cuanto al abuelo dejósele dormir, calculando que sabría hartó pronto aquella desgracia.

Subieron á Mario al primer piso, sin que nadie se enterase de ello en el resto de la casa; y se le acomodó en un antiguo canapé de la antecámara del señor Guillenormand.

Mientras iba Vasco por un médico, y Nicolasa abría los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean le tocaba en el hombro.

Comprendió, y bajó la escalera seguido del inspector de policía.

El portero los vió partir como los había visto llegar, entre cierta somnolencia de espanto.

Entraron de nuevo en el carruaje, y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert—dijo Juan Valjean,— concededme aún otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó duramente Javert.

—Dejadme que entre un momento en mi casa. Después haced de mí lo que queráis.

Javert permaneció silencioso algunos instantes, con la barba hundida en el alto cuello de su levitón; luego bajando el vidrio delantero, dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

XI

Sacudimiento en lo absoluto.

No volvieron á despegar los labios en todo el trayecto.

¿Qué es lo que quería Juan Valjean? Acabar lo que había principiado, advertir á Cosette, decirle donde estaba Mario, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, en cuanto á lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; habíalo cogido Javert, y no se resistía. Cualquiera otro, en semejante situación, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thénardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, había en Juan Valjean, tratándose de un atentado, aún siendo contra sí mismo, insistamos en repetirlo, una profunda vacilación religiosa.

El suicidio, esa misteriosa vía de hecho en lo desconocido, que puede contener hasta cierto punto la muerte del alma, resultaba imposible en Juan Valjean.

A la entrada de la calle del Hombre Armado, el coche se detuvo; era demasiado estrecha para que pudieran entrar en ella los carruajes. Javert y Juan Valjean se aparearon.

El cochero observó humildemente al “señor inspector” que el terciopelo de Utrecht de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado, y de ba-

rrero del asesino. Esto era lo que había comprendido. Añadiendo que se le debía indemnizar.

Y sacando al mismo tiempo su libreta, suplicó al señor inspector tuviese la bondad de escribirle en ella “un breve testimonio que le “asegurase.”

Javert rechazó la libreta que le alargaba el cochero y le dijo:

—¿Cuánto te debo, incluso el tiempo de la parada y la carrera?

—Hay que contar siete horas y cuarto, respondió el cochero; el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro luises de oro, y despidió el carruaje.

Juan Valjean supuso que la intención de Javert era conducirlo á pie al cuerpo de guardia de Blanes-Manteaux, ó al de los Archivos, que estaban allí cerca.

Penetraron en la calle, que, como es costumbre, estaba desierta. Javert seguía á Juan Valjean.

Llegaron al número 7. Juan Valjean llamó á la puerta y esta se abrió.

—Está bien—dijo Javert;—subid.

Y añadió con extraña expresión, y como si le costase esfuerzo hablar así:

—¡Aquí os aguardo!

Juan Valjean miró á Javert. Aquella manera de obrar desdeñaba de la costumbre del inspector de policía; pero resuelto como se mostraba Juan Valjean á entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta alta confianza, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, diciendo al portero, que estaba acostado y desde su cama había tirado del cordón de la puerta:

—Soy yo.

Y subió la escalera.

Al llegar al primer piso se paró un momento.

Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones.

La ventana del descansillo, que era de guillotina, estaba abierta. Como en muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas á la calle. El farol público, colocado precisamente enfrente de la casa, daba alguna claridad á los escalones, lo que equivalía á un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana, inclinóse y pudo ver toda la calle, que es corta y resultaba alumbrada por el farol de un extremo á otro. Juan Valjean tuvo un aturdimiento de estupor, ya no había nadie.

Javert se había ido.

XII

El abuelo.

Vasco y el portero habían transportado á la sala á Mario, que seguía tendido ó inmóvil, en el canapé donde se le había dejado al llegar.

El médico á quien habían ido á llamar, estaba allí.

La señorita Guillenormand se había levantado yendo y viniendo, asustada, juntando las manos, é incapaz de hacer otra cosa que exclamar:

T. V.—17